

Ionesco, la ternura cursilona con la terrible realidad de la vida diaria, Velázquez con Cuevas, Mozart con Tito Guizar, Laurence Olivier con Borolas.

Once números forman el espectáculo de Alfonso Arau y el espectador pagaría con gusto lo triple para que continuara con otros cincuenta números más. Durante dos horas justas, Arau nos lleva a un nuevo mundo en el que la locura va de la mano de la cordura, y nos enseña que ese es justamente "el mejor de los mundos posibles". Al mismo tiempo que crea un nuevo género, Arau echa mano de los mejores recursos de los genios que le han precedido en la comicidad, y así vemos la escuela de Marcel Marceau en *El ilusionista*, la ternura cómica de Chaplin en *Pasado de moda* y en *El marionetista ambulante*, la angustia desternillante de Buster Keaton en *Concierto*, a Ricardo Bell en *Poli-chinelo*, a Mario Moreno en *Siga el guía*, a Max Linder en *El viejo boxeador*, a Jerry Lewis en *El conscripto*. Pero en todos esos números, que nos hacen recordar a esos artistas como un homenaje, está siempre Arau con su propia personalidad, su propia inventiva, su propia búsqueda, su propio genio.

¿Dónde comienza y dónde termina la labor de Arau y dónde comienza y dónde termina la de Alexandro, el director? Imposible saberlo, y no tiene importancia alguna. Es una labor conjunta que forman esas dos horas de show inolvidable, merecedor de ser conocido en el mundo entero, ¿Por qué Arau y Alexandro no se han presentado en Broadway? El triunfo que alcanzarían nos compensaría de tantas y tantas obras que se importan de allá.

Una sola y pequeña crítica: corte Arau esa explicación que da por el micrófono sobre los cambios de utilería a la vista del público. Justamente aparta al espectador de la magia, que existe sin necesidad de anunciarla.

12 de abril de 1966

YO TAMBIÉN HABLO DE LA ROSA

Emilio Carballido es hoy por hoy el más importante de los dramaturgos mexicanos. Una vez que Rodolfo Usigli dejó ese puesto

por voluntad propia y se autodesterró en lejanos países, ese honor estuvo disputado por dos jóvenes que prometían y cumplían, dentro de nuestra dramaturgia: Sergio Magaña y Emilio Carballido. El primero escribe tan poco que el público casi lo ha olvidado, pero el segundo no cesa de producir para el teatro y ha incursionado también con buen éxito en el campo novelístico. A nuestro juicio, su mejor obra ha sido *El relojero de Córdoba*, estrenada en el Teatro del Bosque hace ya algunos años. Su último estreno, sin dejar de ser una buena obra, no supera ya no digamos a *El relojero*, sino ni siquiera a *Silencio, pollos pelones*, que con tanto éxito se representó hace un año.

Yo también hablo de la rosa está construida a base de pequeños y rápidos cuadros en los que se mueve la gente más pobre de México: los pepenadores, quienes también son capaces de “hablar de la rosa”. Al mismo tiempo, y como ya es una loable costumbre en Carballido, la pieza tiene su buena dosis de sátira social. Burla burlando, el autor nos presenta las reacciones de distintos estratos de la sociedad mexicana ante un descarrilamiento provocado sin quererlo por dos niños que jugaban con un bote de cemento en la vía. Los padres culpan a la sociedad en general, los maestros a los padres, los descontentos al gobierno, los comunistas al capitalismo, los siquiátras a los complejos, cuando en realidad no es culpable nadie sino la irresponsabilidad propia de la adolescencia. Los beneficiados con el percance son los pepenadores, puesto que el tren descarrilado iba cargado de comestibles.

Los niños que provocan el accidente son llevados al Tribunal para menores y están aterrorizados, tanto, que ni siquiera pensaron en escapar cuando el tren se salió de la vía. Pero caen sobre ellos los anatemas de los maestros, de los padres y de la sociedad entera, que no trata de comprenderlos, sino de culparlos. El pedante siquiátra explica el hecho bajo la confusa luz del psicoanálisis y los niños adquieren una personalidad totalmente distinta a la sencilla que tienen, y así se nos muestran como unos pobres seres atormentados por los complejos sexuales. En cambio, el líder socialista ve a los niños como víctimas del sistema capitalista que los ha arrojado a la miseria y ellos, en venganza, cometen ese acto de terrorismo. Y, por fin, el autor nos da, al finalizar la

obra, la versión de cómo verían aquel suceso en una película de Hollywood: los niños se arrepienten y son perdonados por la bondadosa justicia; abandonan el penal y se dedican al trabajo intenso para casarse y ser felices mientras un *gran finale* en technicolor y bailes de revista musical de los cuarentas los rodea. No será esta pieza la mejor de Carballido, pero es una magnífica pieza, como todas las suyas.

23 de abril de 1966

QUIÉNES SON LOS QUE HABLAN DE LA ROSA

En la deliciosa obra teatral de Emilio Carballido titulada *Yo también hablo de la rosa* y que se representa en el Teatro Jiménez Rueda, el lugar de honor de la puesta en escena debe dársele con toda justicia al director Dagoberto Guillaumin, que logró escenas de una plasticidad muy hermosa y comprendió a fondo los motivos que tuvo el autor al escribirla. La escena del siquiatra y del líder socialista son realmente extraordinarias en su dirección, lo mismo que la “apoteosis” final. No cabe duda que Guillaumin con esta rosa se sacó la espina de aquel *Troilo y Cre-sida* de infeliz memoria por haber sido un experimento fallido.

Entre los actores, la mayor parte muchachos de esta nueva generación de actores que tanto promete, sobresale de manera notable Angelina Peláez, una muchachita a la que no recordamos haber visto antes y que demuestra ser una excelente actriz. El personaje que interpreta, la niña pobre que por irse de “pinta” con un niño más pobre que ella, descarrila un tren y se ve envuelta en un terrible conflicto social, es un personaje complejo, lleno de complicaciones difíciles, y sin embargo, Angelina sale avante con una gran dignidad de joven actriz. Lo mismo cuando es la niña que brinca por las banquetas, que cuando es la jovencita llena de complejos que quiere el siquiatra, o la vengadora obrera que imagina el líder socialista, o la “Ginger Rogers” de la escena final, en todos estos cambios Angelina Peláez esta muy bien, tan bien, que no dudaríamos en recomendarla a los señores cronistas